

GÓMEZ. ¿Pudiera yo creer, señor, que aquella joven doncella, ó aquella viuda, pues que aun ignoro su estado, se escapase á mis pesquisas?

FEL. Los lutos os engañaron: ¡oh! no, no, no es viuda: es una belleza en el candor de la primera edad. ¡Viuda! Me matarían los celos del tiempo pasado... pero ¿porqué me habláis siempre de ella, don Pedro?

GÓMEZ. Vuestra Majestad, señor, fué quien primero...

FEL. ¿No hay pendiente ningún negocio, ninguna noticia que pueda ocupar mi pensamiento?

GÓMEZ. Una sola, señor, tocante á la fe.

FEL. ¡A la fe! Hablad, hablad,

GÓMEZ. Me escriben que en uno de los valles del Piamonte varios vasallos de Vuestra Majestad han sido sospechados de herejía. He aquí la contestación.

FEL. ¡Oh! es larga, demasiado larga. Nada de proceso; en materia de religión, don Pedro, no cabe discusión, sino sentencia: no es menester un juez; sobra con un verdugo. Larguísima, os lo repito.

GÓMEZ. Dicté Vuestra Majestad.

FEL. Cuatro palabras. *Todos á la horca.*

GÓMEZ. Vuestra Majestad ahorra mucho trabajo á su secretario.

FEL. Un sacerdote para asistirlos en el artículo de la muerte, si se muestran arrepentidos; si quieren discutir, sólo el verdugo.

GÓMEZ. Con razón se dice que Vuestra Majestad es el más firme apoyo de la fe católica.

FEL. El cielo me sería tal vez deudor de una recompensa. Pero, ¿quién sabe, Gómez, si no serás tú el instrumento de su misericordia? ¿No me has dicho que mi tormento tendría fin aquí? ¿No traes informes seguros? ¿No crees que habita en Toledo? ¿Es cierto, ó es falso?

GÓMEZ. Así lo creo, señor, y esta noche algunas de mis gentes han debido hacer pesquisas para descubrir su morada.

FEL. Lógralo, Gómez, y mi gratitud no reconocerá límites; porque quiero descubrirte las flaquezas todas de mi corazón: esa mujer me persigue, es mi ángel malo, es un sueño que me devora; estoy poseído de ella. Su imagen se interpone entre mí y el Dios mismo que me escucha... hoy mismo, hoy también he omitido mis oraciones. ¡Oh! no; este estado no puede ser duradero, porque es intolerable; haría peligrar mi

vida en este mundo y mi eternidad en el otro: de tí depende, Gómez, mi vida y mi ventura. Haz que yo la vuelva á ver, y tesoros, grandezas, todo es tuyo. Te cubrirás delante de mí, te verás tuteado por el duque de Alba...

GÓMEZ. Que con tanto placer me repite un *vos* á cada palabra; ó esa mujer no existe ya en la tierra, ó habré yo de encontrarla.

FEL. Id con Dios; oigo á don Rodrigo; triunfad, don Pedro, y recordad las promesas de vuestro señor. (¡Vanidad humana! Va á revolver la tierra, y todo por oírse tutear de un hombre á quien detesta.)

ESCENA VII

FELIPE II, DON RODRIGO

ROD. El señor conde disculpará mi tardanza... ¿Qué veo! ¿Es Vuestra Majestad? (*Poniendo una rodilla en tierra.*) ¿Vuestra Majestad se ha dignado...?

FEL. Alzad. Deponed el respeto debido á la Majestad: el rey le renuncia, y el conde de Santa Fiore no tiene derecho á él. Habéis pasado á Madrid, y habéis hecho mal.

ROD. Pero, señor...

FEL. (*Con impaciencia.*) Mal, os digo, muy mal. No he olvidado nada. Venir á recordarme una promesa, es suponer... que he podido...

ROD. Lejos de mí, señor, tal pensamiento. Ruego á Vuestra... á Vuestra Excelencia, que vea una disculpa de mi yerro en el afecto que profeso á mi discípulo.

FEL. Estáis perdonado. Espero que habréis guardado el secreto.

ROD. Con escrupulosa lealtad.

FEL. Que habréis ejecutado puntualmente mis órdenes.

ROD. Al pie de la letra; y el cielo ha querido que el éxito sobrepujase á mis esperanzas. Puedo sin vanidad presentaros, señor, en don Juan un modelo de crianza cristiana.

FEL. Mucho decís.

ROD. Un mancebo piadoso, así desprendido de las vanidades del siglo, como poco apegado á sus placeres. Consume las noches y los días en la meditación, la pensión que le dais en limosnas, y su tiempo en oraciones; en él se funden en fin la timidez de una virgen y el fervor de un cenobita.

FEL. Es decir que es el mejor cristiano del reino.

ROD. (*Inclinándose.*) Después de Su Majestad.

FEL. Y del obispo de Cuenca, espero.

ROD. (*Inclinándose de nuevo.*) Después de Su Majestad y del confesor de Su Majestad. Es tanto, señor, que temo que los honores y dignidades de la Iglesia que le están reservados ofendan su humildad: tal es su vocación por la oscuridad del claustro.

FEL. No hay mal en eso. Si lo que decís es cierto, como creo, voy á reconocer y á estrechar en mis brazos á un hermano; pero quiero antes juzgar de su verdadero estado por mí mismo.

ROD. Bien podéis, señor, desde este punto. A cualquiera hora que se le sorprenda se le hallará ocupado en sus deberes religiosos.

FEL. Vale más que yo entonces. Me recordáis, don Rodrigo, que hoy no he cumplido con los míos. Grave penitencia es acusarme delante de vos de esta omisión; hágolo por tanto humildemente; pero encaminadme á una pieza retirada donde pueda recogerme en el Señor y reparar mi falta.

ROD. Permitid, señor, que os preceda...

FEL. No; quedaos; preparad el ánimo de vuestro discípulo para recibir al conde de Santa Fiore, única persona que desde hoy tendrá derecho sobre él. Ni una palabra más. Tocante á su vocación por el claustro, desde hoy quiero que quede satisfecha: podéis anunciárselo.

ROD. Puesto que rehusáis, señor, mis humildes servicios... (*Llamando.*) ¡Domingo! (*A este, que entra.*) Conducid á Su Excelencia al extremo de la galería en el oratorio de don Juan. (*Al rey.*) Allí os veréis rodeado de los objetos de su diaria veneración. (*Le acompaña, inclinándose repetidas veces.*)

FEL. Está bien, señor don Rodrigo, está bien. Basta. (*Con intención.*) ¡Sobra!

ESCENA VIII

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡Llegó el día grande! Libre ya del peso de un secreto de que siempre recelé, mis sueños volverán á ser tranquilos. Mi discípulo subirá á ocupar el alto puesto que le es debido, y yo volveré á la reposada posesión de mi retiro. He de llorar de gozo. (*Abriendo la puerta de don Juan.*) Don Juan, mi querido don Juan, salid... ¡venid presto!

JUAN. Padre mío, ¡cuán dichoso me hace vuestra presencia!

ROD. Más dichoso es quien puede estrecharos en sus brazos y anunciaros una nueva que ha de colmar vuestro gozo.

JUAN. ¿Qué nueva?

ROD. El más ardiente de vuestros votos va muy pronto á realizarse: dentro de algunas horas entraréis en el monasterio.

JUAN. ¡En el monasterio! ¡dentro de algunas horas! ¿y esa resolución es irrevocable?

ROD. Tanto, hijo mío, que ni consideraciones de ternura, ni poder humano fueran bastantes á removerla.

JUAN. En tal caso, es forzoso deciros toda la verdad. Cansado estoy ya además del papel que me impuse y de la máscara importuna: tiempo es ya de desnudar apariencias mentidas que me envilecen á mis propios ojos.

ROD. ¿Qué habláis de máscara y de apariencias?... ¿Qué queréis decir, don Juan?

JUAN. Que os engañaba, padre mío.

ROD. ¿Vos?

JUAN. Hace seis meses que os engañaba: ese fervor que hizo vuestro asombro, esa piedad acendrada, todo era, señor, mentira. Amo la libertad con la misma vehemencia con que aborrezco la estrecha esclavitud del claustro: sí, la amo con frenesí, sin límites. La vida me es menos grata que la libertad; el aire que respiro es menos necesario á mi existencia. Considerad, pues, ahora que si he podido humillarme hasta mentir por gozar de ella en secreto, todos los suplicios del mundo no me harán vacilar para defenderla á viva fuerza.

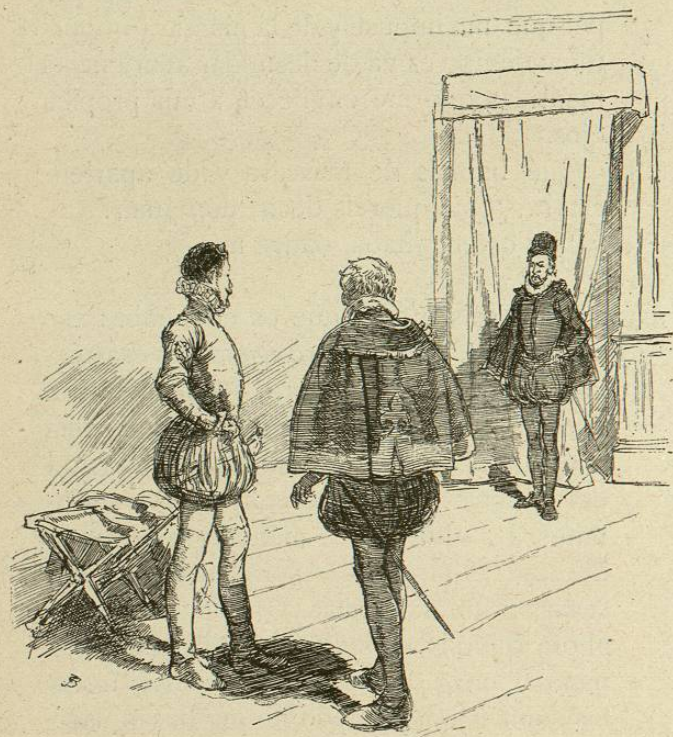
ROD. ¿Qué escucho?... ¡Vos, don Juan! ¡Dios mío!

JUAN. ¡Perdón, padre mío, mil veces perdón! ¡Ah! Creed, señor, que esa odiosa industria repugnaba más todavía á mi ternura filial que á mi orgullo de hombre. Pero ¿por qué pedirme virtudes superiores á mis fuerzas? Nada, señor, más respetable que un ministro del Altísimo, digno de tan sublime misión. Así son tan raros, padre mío; pero yo siento en mí la imposibilidad de imitarlos, y la necesidad de deciros en medio de mi desesperación: «Soy incapaz, señor, de tanta virtud; ¡no puedo, padre mío, no puedo!»

ROD. ¡Oh! moderaos por Dios, don Juan, yo os suplico: no incurráis en la exageración: la Iglesia, madre prudente, no exige de sus hijos iguales sacrificios. Los hay predesti-

nados por ella á los honores, y aun á la gloria. ¿Habré de citaros el ejemplo de nuestro inmortal cardenal Jiménez? Y tocante á los placeres inocentes del mundo, puedo afirmaros que conocí en Roma muchos de sus colegas que no se privaban de ellos, que vivían de todo en todo como vos y como yo, y sin que fuese mal visto.

JUAN. Como vos, padre mío, es posible; pero ¡como yo! ¡ah! ¿Pretendéis, señor, que introduzca yo en el claustro desórdenes apenas tolerables en vuestra casa? ¿Queréis que encubra bajo el hábito monacal lo que



era sólo flaqueza en mí, y lo que sería crimen en él?

ROD. ¡Cielos! Don Juan, ¿qué intenciones me suponéis?

JUAN. O habría de luchar de continuo con pasiones que jamás sofocaré, y doblar la cerviz á una obediencia ciega, á cuya sola idea todo mi ser se rebela. El último grado de la infamia ó de la desdicha; he ahí lo que me proponéis. ¡Oh! no, no; vuestro corazón de padre se conmoverá; jamás lo permitiréis.

ROD. El asombro me embarga la voz.

JUAN. ¿Y por qué lo permitiríais? ¿Qué razón, que no penetro, os lleva á sacrificar vuestro hijo único, el único heredero de vuestra casa? O me juzgáis por ventura indigno de sucederos. ¡Ah! desengañaos, señor, un porvenir brillante me espera acaso: siento

en mí un deseo insaciable de gloria y de felicidad que no me engañará. Seré el orgullo de vuestros ancianos días. Padre mío, os sentiréis rejuvenecer algún día entre mí y una mujer digna de mi amor y de vuestro cariño.

ROD. ¡Una mujer!

JUAN. En el seno de una familia nueva, de mis hijos; sí, de mis hijos, que no os amarán menos que yo.

ROD. ¡Su mujer! ¡Sus hijos! ¡Dios de bondad! ¿Habéis perdido la cabeza, don Juan?

JUAN. ¡Ah! me arrojo á vuestras plantas... dadme á besar esas manos que tantas caricias me prodigaron, que tantas veces me bendijeron.

ROD. Me espanta y me entenece á un mismo tiempo.

JUAN. No las retiréis de mí, dejad que mis lágrimas las rieguen. ¡Ah! Padre mío, ¿llo-ráis?... No pronunciaréis la sentencia de mi muerte, no mataréis á vuestro hijo...

ROD. (Llorando.) ¡Mi hijo, mi querido hijo!... ¡Ah! Don Juan, no soy vuestro padre.

JUAN. (Que se levanta.) ¿He oído bien? ¿no sois mi padre?

ROD. Don Juan, habéis salido de una casa más ilustre que la mía, y el que os dió el ser...

JUAN. ¿Quién es? ¿Dónde está? Hablad, presto, responded.

ROD. ¡Ah! Don Juan, no pertenece ya á este mundo. (Puedo afirmarlo sin mentir.)

JUAN. ¡Le perdí!

ROD. Pero transmitió sus derechos y su autoridad entera al conde de Santa Fiore, que acaba de llegar, y á quien veréis dentro de poco. Nadie puede, sino él, descubrir el secreto de vuestro nacimiento; es un señor poderoso, respetable, y cuyas órdenes deben ser para vos sagradas.

JUAN. ¡Vos no sois mi padre! (En el colmo de la alegría.) ¿Con que soy libre?

ROD. No por cierto. (¡Y el rey que puede sorprendernos de un momento á otro!)

JUAN. (En el mismo tono.) Soy dueño de mis acciones.

ROD. Aun menos. (¡Yo que creí calmarle!...)

JUAN. De hoy más puedo hacer, podré decir cuanto me ocurra.

ROD. Guardaos bien. Respetad al conde de Santa Fiore; en ello va vuestro porvenir, vuestra fortuna...

JUAN. Mi libertad antes que todo.

ROD. Vuestra vida...

JUAN. ¡Antes que todo mi libertad! ¡Jamás fui más dichoso! (Abrazando á don Rodrigo.)

¡Si supierais cuánto os amo desde que no es deber el respetaros!

ROD. Perdió el seso. Por Dios, moderaos, hijo mío: no le opongáis una resistencia prematura... ganemos tiempo al menos; por piedad, fingid... (Viendo al rey.) ¡Cielos, él es! ¡Buen modelo de virtudes cristianas le presento!!!

ESCENA IX

DON RODRIGO, DON JUAN, FELIPE II

FEL. ¿Este es vuestro discípulo, señor don Rodrigo?

ROD. Este es, señor conde, el joven... el mancebo don Juan que... (No sé lo que me digo.) (Al rey.) Vuecelencia me encuentra conmovido... la idea de una separación nos ha enternecido á tal punto á uno y á otro...

FEL. Lo comprendo. (Examinando á don Juan.) ¡Mucho se parece á mi padre! más que yo: esta semejanza me ofende.)

JUAN. (Mirando al rey.) ¡Severo gesto el del conde! ¡no me agrada!

FEL. (A don Rodrigo.) Si gustáis dejarnos juntos...

ROD. Vuecelencia no se sorprenderá si en el punto de partirse manifiesta en su conversación un pesar...

FEL. Es natural.

ROD. Si gustáis que yo me quede, podré explicaros...

FEL. Quiero que se explique él mismo; de su boca quiero conocerle.

JUAN. (En dos palabras lo conseguirá.)

ROD. Me retiro: (Bajo á don Juan.) don Juan, por piedad no le opongáis resistencia.

FEL. (Con firmeza.) Dejadnos; don Rodrigo, yo os lo ruego.

ROD. Obedezco. (Ya están uno en frente de otro. ¡Dios nos ampare!)

ESCENA X

DON JUAN, FELIPE II

FEL. (Por más hábil que sea, he de descubrir el último doblez de su corazón.) (A don Juan, sentándose.) Acercaos. (Don Juan va á tomar un sillal y viene á sentarse á su lado.)

FEL. (Después de haberle mirado un instante.) (Sea: no me conoce.) (Alto.) Mucho bien me dijeron de vos, señor don Juan.

JUAN. Quisiera yo mejor, señor conde, que os hubieran dicho un tanto de mal; me sería

más fácil entonces dejar airoso el concepto que de mí tenéis formado.

FEL. Eso es humildad. Y una de las virtudes por cierto que deseaba yo más ardientemente hallar en vos.

JUAN. Sois cortés, tengo más de franco que de humilde.

FEL. Prenda es esa de que mucho gusto también, y quiero ponerla á prueba. Habéis meditado mucho, don Juan...

JUAN. ¡Yo!...

FEL. Mucho, lo sé. Decidme, ¿cuál ha sido el resultado de vuestras meditaciones? ¿á qué carrera os inclina más particularmente vuestra afición? Confesadme los planes que en vuestros ratos de soledad habéis formado para vuestro porvenir, y hasta los más íntimos sentimientos de vuestra alma generosa. Explicaos sin disfraz.

JUAN. Nada os quedará que desear. Partamos de un punto, si os place; en la vida no hay más que tres cosas: la guerra, las mujeres y la caza.

FEL. ¿Cómo? Repetid; he oído mal sin duda.

JUAN. O las mujeres, la caza y la guerra; en el orden que os parezca, con tal que no falte nada.

FEL. ¿Me respondéis seriamente?

JUAN. Tal cual me preguntáis: no puedo decir más.

FEL. Al menos confesaréis que esa es singular disposición para entrar en el convento.

JUAN. Así es, que no se me pasa tal idea por la imaginación, y primero pegaría fuego á todos los conventos de España que hacer mis votos en ninguno de ellos.

FEL. (Levantándose rápidamente.) ¡Misericordia! ¿Qué vocación!

JUAN. (Con calma, y dando con el dorso de la mano en el sillón del rey.) Sentaos, sentaos pues. Es la mía; vocación á la rebelión contra todo lo que pueda coartar mi independencia ó mis placeres; vocación de cuerpo y de alma para todo cuanto puede hacer dulce ó gloriosa la vida.

FEL. En tal caso, don Rodrigo se ha burlado de mí.

JUAN. No tal; ¡burlarse el buen señor! Yo soy quien le he burlado á él, y de ello me acuso con esa misma humildad que os agrada, y esa franqueza que os es particularmente grata.

FEL. (Con severidad.) ¡Señor don Juan! (Sentándose.) (Pero sigamos hasta el fin).

- JUAN. Parece haberse procurado cuantos datos necesitábais acerca de mis principios: añadiré á esto que á la presente estáis más adelantado que yo en mis asuntos propios, puesto que sabéis quién soy, y yo lo ignoro. Dignaos, pues, instruirme á fin de que pueda yo conocerme por lo menos tan bien como me conocéis vos mismo.
- FEL. Vuestro padre, al revestirme de su autoridad sobre vos, impuso á la revelación de ese secreto condiciones...
- JUAN. Que adivino, y que os dispenso de referir; pero mi padre no sería un déspota.
- FEL. ¿Qué sabéis?
- JUAN. ¡Extraño modo de hacerme querer!
- FEL. Acaso tenía derecho para serlo.
- JUAN. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se trata de abusar, él mismo se avergonzaría de convertirla en tiranía.
- FEL. Se os ha dicho que ya no vivía.
- JUAN. Por mi desgracia; pero muerto él, no soy deudor á nadie del sacrificio de mis inclinaciones y de mi dignidad.
- FEL. Quiero recordaros con todo que pende de vos el ser alguna cosa en el mundo, ó el quedar sumido en la nada.
- JUAN. Y yo os repondré que no permanece hombre de nada quien nació hombre de corazón. La más ilustre cuna no vale el precio á que me quieren vender la mía. ¿De qué se trata? ¿De una herencia que se me niega? me pasará sin ella. ¿De un nombre que quieren venderme caro? Con mi sangre granjearé otro más barato. Hablad pues ahora, si os place. ¿No queréis? Sois libre, pero acabemos. (*Levantándose.*) Y á Dios, conde de Santa Fiore. El hombre de la nada no ha menester de vos para llegar á ser alguna cosa.
- FEL. (*Con calma.*) Sentaos ahora vos, sentaos, y departamos sin enojos. ¿Es pues invencible vuestra inclinación á las armas?
- JUAN. Invencible; soy castellano; harto os digo. Tildadme de ambicioso; no lo niego; lo soy. Haced mofa de mi orgullo; os doy licencia: porque á pesar de la nada en que estoy sumido, parece que nací mas para mandar que para obedecer. Sabré con todo ser soldado; pero sois poderoso, y si mi padre con su autoridad os hubiese trasmitido juntamente un resto de su ternura, no llevaría el mosquete largo tiempo.
- FEL. Verdad es que yo pudiera adelantaros en las armas.
- JUAN. (*Apretándole la mano.*) Hacedlo, pues; ¿qué aguardáis? y contad para siempre con mi agradecimiento.
- FEL. (*Que retira suavemente su mano sonriéndose.*) No empeño mi palabra, pero tampoco digo que no.
- JUAN. Eso ya es algo. Vuestra severidad pone más de diez años entre nosotros dos; pero si yo estoy en la edad de los devaneos, vos estáis todavía en la edad en que se perdonan; siempre presumí, señor conde, que dos jóvenes acabarían por entenderse.
- FEL. Pero ¿habéisme abierto vuestra alma de par en par? Decidme, ¿el amor de la libertad es el único amor que os aleja del claustro? Os lo pregunto á fuer de amigo.
- JUAN. Antes de responder á esa pregunta, muy amistosa por cierto, de buena gana os haría yo dos, no menos amistosas en verdad.
- FEL. ¿Y cuáles?
- JUAN. ¿Habéis amado vos, conde de Santa Fiore?
- FEL. Cierto que sí.
- JUAN. ¿Y amáis todavía?
- FEL. Enhorabuena; os lo quiero confesar; amo todavía; y acaso más que quisiera.
- JUAN. ¡Amáis! he ahí el lazo que nos acaba de estrechar. Yo también, señor conde, amo á la más hermosa, la más digna, la más perfecta mujer que hay en la tierra.
- FEL. Mejorando la mía, don Juan, si no lo habéis á enojo.
- JUAN. Enhorabuena; quiero desde ahora dar por sentado que ninguna de las dos es menos perfecta que la otra; pero estoy cierto que si no participáis de mis sentimientos hacia la mía, no podréis al menos cerrar las puertas á la admiración.
- FEL. Aun para eso sería forzoso conocerla.
- JUAN. Mucho pedís. Con todo, escuchad: tan ciega confianza tengo en el imperio que ejerce sobre cuantos pueden verla y oirla, que consiento en que volvamos á las pasadas condiciones. Hagamos un pacto. Si aprobáis mi elección, daréis vuestro consentimiento á un proyecto de que mi dicha depende, y me diréis el secreto que anhelo saber. Empeñad vuestra palabra.
- FEL. ¡La empeño...! Sí, apruebo vuestra elección, ¿y cuándo la he de ver?
- JUAN. Hoy mismo, y en su posada. No hay embarazo. Soy mayor. Si logro vuestro

- asentimiento será para mí ocasión de dicha y de orgullo; si no lo logro, de antemano os prevengo que tomaré el partido de pasarme sin él, mal mi agrado, por supuesto; pero no os turbéis, conde, que no habéis de poder resistir.
- FEL. Así os lo deseo.
- JUAN. Vivo de ello seguro, y quiero anunciarle vuestra visita. Después de los oficios, adonde vamos los dos, ella por Dios, y yo por ella, venid, si os place, y si otra cita no se opondrá, venid á buscarme á su posada: una casa nueva que veréis á la entrada de Toledo, el quinto balcón después de la iglesia de San Sebastián...
- FEL. Os prometo no hacer falta. (Mi padre al menos no podrá decir que no obré en todo concienzudamente.)
- JUAN. A más ver, pues, en casa de doña Florinda. Hoy comienza, conde, nuestra amistad, y yo os hablo con el corazón en la mano; os quiero ya como á un hermano.
- FEL. Deprisa vais en efecto.
- JUAN. Es condición mía, que he de amar ó aborrecer del primer movimiento.
- FEL. Yo no hago lo uno ni lo otro sino con buena razón.
- JUAN. Sois cortesano y yo no. (*A don Rodrigo, que entreabre la puerta tímidamente.*) Entrad; ¿no sois siempre mi padre? Entrad, no cometeréis indiscreción.

ESCENA XI

DON JUAN, FELIPE II, DON RODRIGO

- ROD. (*Cortado.*) Me atreveré á preguntar á vuecelencia si está satisfecho.
- FEL. Os doy mil parabienes, señor don Rodrigo.
- JUAN. Algo habría que decir; pero el conde es indulgente, y ha tomado como prudente el partido que debía tomar.
- ROD. ¿Será posible?
- FEL. Por lo menos me decidiré en todo el día; pero negocios de importancia me llaman á otra parte: dadme licencia que os deje.
- JUAN. Conocemos la importancia de vuestros graves negocios; sabemos, señor conde, que no admiten detención.
- FEL. (*A don Rodrigo.*) Espero volver á veros en un punto á que me ha citado vuestro discípulo.
- ROD. No hará falta.
- JUAN. En casa de una persona que os ha de asombrar. El señor conde no hizo sino prevenirme...
- FEL. Os renuevo mis parabienes, don Rodrigo; vuestro discípulo os honra.
- ROD. Vuecelencia me lisonjea.
- FEL. A más ver, señor don Juan.
- JUAN. (*Le oprime la mano, y acompañándole.*) A más ver, querido conde.
- ROD. (*Le trata como á compañero.*)

ESCENA XII

DON JUAN, DON RODRIGO

- JUAN. (*Echándose en brazos de don Rodrigo.*) Permitid que os estreche en mis brazos: todo salió á medida del deseo. Pero adiós quedad.
- ROD. Esperad; ¿os dijo quién sois?
- JUAN. (*Volviendo.*) Aun no; prestadme vos ese servicio.
- ROD. ¿Qué es lo que me pedís, hijo mío? He empeñado mi palabra: no es posible.
- JUAN. Decidme al menos el nombre de mi madre...
- ROD. ¡Ah! En cuanto á vuestra madre, soy muy servidor vuestro, pero...
- JUAN. Como gustéis. El conde no hace tantos misterios y hoy mismo me lo ha de revelar todo en casa de ella.
- ROD. ¿De quién?
- JUAN. De vuestra nuera.
- ROD. ¿Cómo?
- JUAN. Que estáis de boda.
- ROD. ¿De boda? ¿Yo, don Juan?
- JUAN. ¡Pardiez! mi buen amigo, no es por cierto la vuestra, pero la mía.
- ROD. ¡Os casáis!
- JUAN. Y espero que él será uno de los testigos, y vos el otro.
- ROD. ¿Qué me proponéis, don Juan? Mucho me honráis.
- JUAN. Ni más ni menos que á él.
- ROD. Yo he de perder el seso; ¿y el conde os presta su consentimiento?
- JUAN. Poco menos: es muy gentil hombre, y presto hemos de ser amigos íntimos. Adiós, señor; vuelo á esperaros en casa de doña Florinda. Rafael os dará las señas de su posada.
- ROD. ¿Cómo Rafael? ¿engañarme después de veinte años en mi casa!
- JUAN. Por afecto hacia mí.
- ROD. ¿Y Domingo también...?
- JUAN. Por interés.
- ROD. Y Ginés, tal vez...
- JUAN. De necio: perdonadlos; si me conserváis